

1

VALOR DE LA VIDA, DE LA SALUD, DE LA ENFERMEDAD Y DE LA MUERTE

* *Ramón Córdoba Palacio*

RESUMEN

Para juzgar del valor de la vida, de la salud, de la enfermedad y de la muerte se parte de los elementos constitutivos del hombre, ser que no cabe en los límites de ninguna definición, a saber: un ser abierto a los valores, trascendente, racional, libre, responsable, contingente, histórico, social, un ser-en-el-mundo, un ser cuya existencia es "tarea", "proyecto", "algo por hacer", un "quien", una persona.

La vida se califica como el mayor valor, el primordial, por ser indispensable para poder llevar a cabo la evaluación y la realización de los otros valores. Se analizan algunas características de la vida humana. Se destaca cómo ese vivir humano es un "convivir", cómo esa existencia es una "coexistencia". La salud es en sí un valor, pero encuentra su cabal sentido, su legítima razón de ser, en cuanto contribuye al óptimo desarrollo del ser humano. Igualmente esa colaboración a la realización total, plena, del hombre justifica y da significado a la actividad de quienes dedicamos nuestro esfuerzo a cuidar de la salud de nuestros semejantes. Desde el punto de vista racional ni el sufrimiento ni la enfermedad ni la muerte tienen una explicación satisfactoria: son absurdos. La enfermedad puede convertirse en factor positivo si induce a la persona a tomar conciencia de sus capacidades, de sus reales dimensiones y le permite, además, realizar los valores "de actitud". La muerte como uno de los límites de la existencia —el otro es el momento inicial—, pertenece a la vida y adviene normalmente a causa del cuerpo. Sin embargo, gracias a éste se es persona, sin él ésta no existe como tal. La idea consciente o inconsciente de la muerte moldea en una u otra forma el "proyecto" de la vida de cada quien, le da unidad, totalidad, y obliga a cada hombre a asumir en su propia existencia el pensamiento del "más allá". Esto le confiere al límite terminal un valor positivo en la vida humana.

Palabras claves: Ética, relación médico-paciente, vida, salud, enfermedad, muerte.

* Profesor de Pediatría y de Historia de la Medicina. Facultad de Medicina de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Separatas: Dr. Ramón Córdoba P., Apdo. Aéreo 4294 Medellín - Colombia.

In order to appreciate the value of life, health, disease and death it is necessary to depart from the basic constituents of man, that especial being that defies any definition inasmuch as he is open to different values and he is also rational, transcendent, free, responsible, contingent and social; he is a being-in-the-world and at the same time a being whose existence is a "task", a "project", a "something-to-be done", a "who", a person.

Life is qualified as the highest value and the primordial one since it is necessary to achieve the evaluation and fulfillment of other values. Some characteristics of human life are analyzed and it is emphasized how that living means "coexistence" in its fullest significance. Health in itself constitutes an especial value but it finds its highest meaning and its legitimate reason for being because of its contribution for the optimal development of the human being as such. In the same way this contribution to the complete fulfillment of man justifies and gives clear significance to the activity of those people dedicated to the health caring of their fellow human beings.

Considering the traditional national point of view neither suffering, disease or death have a satisfactory explanation: all of them are absurd. Disease could become a positive factor if by itself induces the person to gain insight in his own capacities and real inner dimensions, allowing him to develop true "attitude values". Death, one of the limits of existence—opposite to the initial one—belongs to the living dimension and it happens normally because of the physical body. However thanks to this body it is possible to be a human person and without it that concept would be impossible to be conceived. Conscious and unconscious ideas about death somehow molds the "project" of life for each person; it gives him unity and totality and forces him to assume in his own existence the thinking of "the beyond" (life after death). In this way the terminal limit acquires a positive value in human life.

Key words: Ethics, patient physician relationship, life, health, disease, death.

Para tratar de apreciar el valor de la vida humana, que en último término es la que le da significado a la salud, a la enfermedad y a la misma muerte, tenemos que partir de los elementos constitutivos del hombre, a saber: un ser abierto a los valores, trascendente, racional, libre, responsable, contingente, histórico, social, un ser-en-el-mundo y un ser cuya existencia es "tarea", "proyecto", "algo por realizar".

Tenemos que aceptar, también, que pese a los grandes progresos de las ciencias biológicas y de las llamadas ciencias del hombre, ninguna de ellas por separado ni todas en conjunto, nos dan una visión total, completa, cabal, que responda a la acuciosa pregunta: ¿Qué es el hombre?, que agote las posibilidades de búsqueda, de investigación, de nuevos horizontes, de sorpresas. (1)

Todas y cada una de dichas ciencias han avanzado en profundos estudios sobre el hombre y han puesto de presente insospechadas facetas que hacen más y más evidente el objeto de sus inquietudes, objeto que a la vez es el sujeto de sus disciplinas. Pero, algo se escapa, algo queda fuera de su alcance. Y ese algo es lo que nos eleva a la categoría de "hombre", la esencia del hombre (1). El hombre, en este sentido, es un ser que no puede definirse, que no cabe en los límites de ninguna definición y del cual sólo podemos dar características que nos lo señalan. La razón de esto es porque el hombre no es una *cosa*, un "que", sino un "quien", una *persona*.

Si miramos con detenimiento la historia y escudriñamos en su transcurrir la huella del hombre, su autor real, y cómo éste ha ejercitado todo aquellos elementos que aceptamos como constitutivos

propios de él, hallamos tales cumbres de grandeza, de magnanimidad, de heroísmo, de abnegación, que sentimos verdadera admiración y respeto por ese ser histórico, capaz de esas realizaciones. Mas, simultáneamente aparecen: "el testimonio de las vacilaciones, de las repulsas, de los intentos de opresión" (2) y el cúmulo de ignorancia, de barbarie, de crueldad, de fracasos, de debilidad y experimentamos la necesidad de abominar de estos proceder y de compadecernos de la pequeñez de la criatura que así se comporta. Sí, el hombre es eso, eso somos todos y cada uno de nosotros: un ser-en-el-mundo, un ser complejo, un "misterio", con una "tarea" por realizar que contribuya "positivamente a la construcción de un mundo más humano" (2) o, por el contrario, con la posibilidad de convertirse en esclavo, en verdugo, en el más inhumano de los seres vivos. Es un ser libre de optar y responsable de la opción: ahí radica su grandeza y, al mismo tiempo, según sea su propia decisión, ahí puede encontrarse su máxima mezquindad.

Valor de la vida. Ahora bien, como ser abierto a los valores, como descubridor y creador de ellos, el hombre se encuentra con el mayor valor, con el primordial, indispensable para poder llevar a cabo la evaluación y la realización de los otros, cualquiera sea la esfera de los mismos que considere más importante en su propio esquema vital: la existencia, la vida.

¿Por qué afirmamos que la existencia, la vida, es el mayor de los valores? ¿Vale la vida por sí misma? Schweitzer, ante la hecatombe de la primera guerra mundial y la amenaza de la segunda, proponía como fundamento ético que pudiera salvar al mundo, un sumo "respeto y una profunda reverencia por todo lo que vive, y en primer lugar, para nuestros semejantes..." (3,4). Pero el respeto solo y la veneración en sí no bastan y Schweitzer los plantea como activos: "Bueno es: conservar la vida, hacer prosperar o fomentar la vida, llevar la vida capaz de perfeccionarse a su más alto valor". "Malo es: destruir la vida, dañar la vida, inhibir la vida capaz de perfección" (3). Y estos conceptos los aplicaba a todo lo que vive, a todo ser que manifestara vida: vegetal, animal y, especialmente, al hombre, como lo vimos antes.

Pero, aunque el "ser-viviente", el manifestar vida es ya un valor, es algo significativo, no responde plenamente al interrogante sobre el valor de la vida, a menos que pudiéramos tomar conciencia de lo que es la vida misma, la vida en general.

"La palabra **vida** —afirma Julián Marías— se ha usado de un modo nada unívoco; en vista de que hay multitud de seres vivientes —plantas, animales, hombres, ángeles, Dios—, se ha tendido a buscar una noción de vida que fuese la "vida en general", es decir, algo en lo cual convienen esos tipos de entes; naturalmente, esa noción es un abstracto, un esquema: rigurosamente, una "teoría"; e incluso metódicamente significa un error, porque, no se ha advertido que la única vida que me es presente, que me es dada **en su realidad**, como tal vida, es la **mía** —ni siquiera la humana **in genere**— y sólo puede entender las demás, sólo puedo comprender en qué sentido y en qué medida son **vida**, interpretándolas analógicamente **desde la mía** quitando o poniendo requisitos concretos... Los llamados "seres vivos" son realidades en cuanto ingredientes de mi vida; pero en cuanto sujetos de otras vidas no son sino teorías. Por eso es menester partir de la mía para inferir, con todos los riesgos ligados a la inferencia, el modo de ser de los demás vivientes". (5)

Entonces, es mi vida, mi propia vida, la que me sirve para comprender que es la de los demás, incluyendo la de los otros hombres, pues acabamos de ver que ni siquiera la vida humana en general —in genere— puedo interpretarla si no parto de la mía como realidad. Sin embargo, igual que al referirnos al hombre, podemos encontrar algunos elementos que permiten caracterizar constitutivamente la vida humana.

Uno de los más evidentes es que mi vida, como vida de hombre, no me es dada **hecha**, como ocurre con la de otros animales con los cuales comparto algunos rasgos como organismo vivo, me es dada como algo **por hacer**, como "**tarea**". En otras palabras, los otros animales viven fatalmente, si se nos permite el vocablo, un esquema de vida, el de su especie, por lo tanto pertenecen al mundo, hacen parte de las cosas; el hombre, por el contrario, cada hombre, realiza su propio esquema, su propia vida, está en el mundo pero no pertenece al mundo, no hace parte de las cosas.

Este es uno de los elementos básicos del valor de la vida humana, que cualquiera sea la meta alcanzada traduce el esfuerzo, la realización de un plan personal, la decisión de un **quien**. Pero hay más.

Para el hombre, para cada uno de nosotros, la existencia es una "tarea" inmediata. La "vida es, pues, **algo que tengo yo que hacer aquí y ahora**" (5). Y debemos recalcar que no sólo **no está hecha** sino que ni siquiera se me indica de antemano qué es lo que **tengo yo que hacer**. Es mi responsabilidad, y por consiguiente labor de mi libertad, de mi razón y de mi imaginación o fantasía, proyectarla, pensarla como una totalidad, para poder vivirla, para poder llevarla a cabo. Todo cuanto **haga** buscará directa o indirectamente la meta proyectada. Inclusive en el caso de decidir **no hacer o dejar de ser**, tengo que usar de mi libertad, de mi responsabilidad, de mi imaginación, sin que por ello se justifique mi elección.

Y, ¿el niño? A juzgar por lo que conocemos de su interioridad, la "proyecta" a corto plazo, llenando al principio sus necesidades más inmediatas, más instintivas, siempre con sentido humano ya que esas necesidades son las de un ser humano, aunque las comparta orgánicamente con otros animales. A medida que se desarrolla su racionalidad su proyecto abarca más futuro, más mañana, más visión de totalidad.

La exigencia de tener que hacer algo **aquí y ahora** coloca al hombre, me coloca, en un sitio, en un donde —**un aquí**— y en un momento concreto —**un ahora**—. Es la "circunstancia" y la "situación" del pensamiento de Ortega y Gasset (5). "Vivir es —manifiesta Ortega— tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él" (5). Y agrega Julián Marías: "Yo sólo me encuentro con las cosas; no yuxtapuesto a ellas, sino haciendo algo con ellas, **porque me he encontrado viviendo** y, como la vida no me es dada hecha, necesito hacer algo **para** vivir en esta circunstancia" (5). "...yo no tengo realidad más que en una circunstancia. Por eso pudo decir Ortega en 1914: "Yo soy yo y mi circunstancia". (5).

¿Qué es mi circunstancia? ¿Qué es "eso" que condiciona mi yo, si aceptamos el concepto de Ortega: "Yo soy yo y mi circunstancia"? "Circunstancia es —según Julián Marías— el nombre que recibe el mundo, cuando se lo toma de un modo real y concreto, es decir, en una perspectiva determinada, como horizonte de una vida" (5). Pero, dentro del término mundo, de acuerdo con el citado Marías, se incluyen diferentes elementos, a saber:

- 1) El contorno físico, las cosas percibidas por mis sentidos.
- 2) Las cosas "que supongo" y que podrían serme presentes. Estas, junto con las anteriores, forman la "naturaleza".
- 3) Mi cuerpo: a) al cual me encuentro adscrito permanentemente, que no me es intercambiable como otros elementos del contorno físico; b) cuyos trastornos me afectan a mí; c) que es el medio a través del cual me pongo en contacto con las demás cosas. Esto hace que mi cuerpo sea realmente **mío** y que al "decir que yo soy", "se entiende **también, mi cuerpo**".
- 4) "Otros cuerpos, que por lo pronto son **cosas**, meros ingredientes de mi circunstancia fija, pero que se me presentan como "localizaciones" de otros puntos de vista irreductibles al mío, de otras **vidas**, respecto a las cuales yo soy, a mi vez, un ingrediente en sus circunstancias".
- 5) El ambiente social: la familia, los grupos, el Estado, las instituciones, las costumbres.
- 6) Los objetos que son **productos** humanos, tales como las "obras" de la cultura, las ciudades, etc., "que incluyen un halo humano, una como "huella" de una vida, a la cual quedan inmediatamente referidas".
- 7) "La historia, vivida primariamente como "nivel histórico.., como aquel punto o altura a que

"se ha llegado"; en segundo lugar, como pretérito, como repertorio de experiencias vividas, de formas de vida ensayadas por los demás hombres; por último, como horizonte abierto, como "porvenir".

- 8) Los muertos: los hombres que estaban conmigo y que ya no están, que dejaron de estar, y los que estuvieron con ellos, "los muertos de los muertos".
- 9) Las creencias en las que estoy inmerso.
- 10) "Las vivencias", mi vida psíquica.
- 11) "El horizonte de la vida individual, es decir el carácter limitado y finito de la vida.
- 12) El "más allá" u "horizonte escatológico", cualquiera sea la posición al respecto.

Con todas esas cosas, interactuando con unas, sirviéndome de otras, conservando mi libertad y siendo responsable de mis decisiones, tengo que proyectar mi vida, hacer mi vida, vivir mi vida, que no me es dada **hecha** pero que se me da con qué **hacerla**. Con estos elementos que constituyen mi circunstancia y mi situación, entendiéndolo por ésta la realidad actual, determinada, que puede introducir modificaciones a mi circunstancia, el "**quien**", la persona que es el hombre, que soy yo, debe realizar la "tarea", el "proyecto" que es su vida, mi vida, y, al mismo tiempo, tiene que proyectarla, tiene que decidir cual es su esquema, su plan.

En cada instante, en cada presente, con el impulso que le da el pasado, el individual y el histórico que actúan en mi circunstancia, y mirando el futuro, debo optar por una posibilidad y renunciar a otra o a otras. El no optar por ninguna es ya una elección, una decisión, que implica libertad y exige responsabilidad.

Como universitarios podemos pensar equivocadamente que la meta de la vida humana es sólo la de las profesiones, la de la técnica, la de las artes, la de la ciencia. No. Por cierto que la meta primera y fundamental es la de **ser hombre**, la de vivir humanamente, la de lograr el óptimo desarrollo en la circunstancia particular de cada **yo**, para sí y para los otros hombres. El ser profesional, el ser médico, ingeniero, técnico, artista, obrero, etc., es un elemento cultural y social que facilita mi humanización o que puede entorpecer mi progreso hacia la meta esencial, elemento que exige más de mí, que me obliga a más. Muchos que no pasaron por los claustros, por cualquier causa, orgánica o social, pueden **hacer**, con las posibilidades de que disponen en su circunstancia, una vida más humana que quienes dispusimos del **privilegio** del que ellos fueron privados.

Más aún. No es el éxito lo que da valor a la vida de cada hombre, es la plenitud de libertad, de responsabilidad, de honestidad, que ponga en el empeño de humanizarse y de contribuir a humanizar el mundo en el "**aquí**" y en el "**ahora**" que le tocó en suerte.

Lo anterior nos obliga a aceptar que mi vivir es **convivir** (6), que mi existencia es **coexistencia**, lo que pone a prueba casi todos los elementos constituyentes de mi **yo**, como un "**quien**", como un "hombre", como un "ser-en-el-mundo", como una persona abierta a los valores, realizando y compartiendo esos valores. No basta pues la vida en sí para darle su pleno valor, lo adquiere cuando tiene un sentido, un significado, y éste debe ser humano tratándose del ser racional, del homo sapiens.

Pero la vida humana tiene, además, otro valor, el que le confiere el "ser-posible", el "poder-ser", no importa que circunstancias específicas no permitan el desplegarse de ese "ser-posible", de ese "poder-ser". Es, por ejemplo la situación del embrión, del feto, del niño, que no se podrían denominar, según ciertas concepciones antropológicas, "hombres" en el sentido pleno del vocablo. Consideramos que desde el momento mismo de la unión del óvulo y el espermatozoide tenemos

ya "un hombre" en su "circunstancia" o en su "situación" específica y que allí comienza ese "ser-posible", ese "poder-ser" que caracteriza al hombre, a la "persona" hasta la muerte. El "hombre", la "persona" como tal, siempre es "proyecto, posibilidad de opción, pasado, presente y futuro.

Valor de la salud y de la enfermedad. La salud en sí es un valor, igual que la vida, pero como ésta necesita de un sentido para su plena realización y valoración.

La salud por sí misma, como meta, como fin, carece de razón. "No hay salud cumplida —ha escrito R. Siebeck— sin una respuesta satisfactoria a la pregunta: Salud ¿para qué? No vivimos para estar sanos, sino que estamos y queremos estar sanos para vivir y obrar" (7). Aquí radica su máximo valor.

La salud no es ausencia de trastornos. La Organización Mundial de la Salud la definió como "un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no sólo como ausencia de la enfermedad", lo cual exige, además, un concepto ecológico.

Entendida como contribución al óptimo desarrollo del ser humano y como elemento positivo que ayuda a la mejor ejecución de su "tarea", de su "quehacer", de su vida, la salud encuentra su sentido, su razón de ser y toda la actividad de quienes dedicamos nuestros esfuerzos a cuidar de ella, a fortalecerla, a recuperarla, encuentra, a su vez, justificación y significado humano, pues contribuimos, o debemos contribuir, al desarrollo total de los hombres; servimos a los hombres para que tengan la oportunidad de trabajar por la humanización del mundo, según nuestras "circunstancias".

En este contexto, la enfermedad o la limitación de la salud es un obstáculo para llevar a cabo la "tarea" de la vida y alcanzar la meta propuesta. En principio esto es así, pero en la realidad no siempre el resultado es negativo. Frankl insiste en el "quehacer", valioso como tal, que puede representar el sufrimiento "cuando se trate de un verdadero padecer, de aguantar un destino que no puede hacerse cambiar mediante la acción o evitarse por la omisión" (8), lo que le permite al enfermo realizar los valores que él llama "de actitud".

La limitación que la enfermedad pone de presente a mi "yo" puede convertirse en un elemento positivo si me induce a actuar de acuerdo con mis capacidades y reduce el "proyecto" de mi vida a las dimensiones más reales de mi "quien", de mi "persona". Esa limitación, permanente, crónica o temporal, no le resta eficiencia, o no debe restársela, a mi "quehacer", ya que no es el éxito lo que mide el valor total de mi vida sino el compromiso de mi libertad, de mi responsabilidad, de mi voluntad, de mi razón, de mi lealtad, de mi imaginación, lo que sirve para evaluarla y para esto se parte de mi "circunstancia", de mis posibilidades, de mi "situación".

Valor de la muerte. Vimos que dentro de mi "circunstancia" cuento con mi cuerpo, "que me acompaña siempre, con el que me he encontrado, que tal vez me desagrada o me molesta, que no he elegido, que ocupa un lugar, como una cosa más entre las cosas" (5), que dispongo también de mi inteligencia, de mi voluntad, de mi memoria, de mis emociones, etc., y que con ellos, tenga que hacer mi vida. Más aún, sólo puedo hacerla contando con ellos, sea que me faciliten o me estorben en mi propio proyecto de vida. "Yo vivo con mi cuerpo, gracias a él; pero la muerte me sobreviene normalmente por causa suya. Mi cuerpo, pues, es una porción de mi circunstancia, que tiene un papel peculiar dentro de ella, pero dentro de ella, es decir, fuera de mí" (5).

Esta es la paradoja que más contribuye al "misterio" del hombre. No se me tuvo en cuenta para "dárseme" la vida, la existencia, ni para otorgármela el cuerpo con el cual, sin poder evitarlo, tengo que "hacer" esa vida que se me dio **no hecha**. Y ese cuerpo, que no seleccioné, es el que me condena, fatalmente, a que un día no determinado, pero cierto, el proyecto de mi vida tenga un límite que llamamos muerte, como tuvo también uno inicial.

Entendida así la muerte pertenece a la vida, no es algo externo, superpuesto a ella. Empezamos a morir desde que se inicia la existencia misma. "Por muy misteriosa y aparentemente desastrosa que sea, la muerte es siempre una condición "humana" (2) con una característica más que expresa Jaspers: "Toda existencia viviente está comprendida entre el nacimiento y la muerte. Mas sólo el hombre lo sabe". (9)

Desde el punto de vista racional, ni el sufrimiento ni la enfermedad ni la muerte tienen explicación. Son verdaderos absurdos. Diferentes corrientes filosóficas se han ocupado de ellos y han dado diversas explicaciones que no responden satisfactoriamente al interrogante que plantea su presencia en el mundo, su irrupción en la vida. Sólo el sentido trascendente del hombre, de su existencia, ofrece una salida, abre una esperanza. Y desde el punto de vista cristiano, la certeza que da la fe de una resurrección, ilumina este límite de la existencia.

Pero cualquiera sea el criterio aceptado al respecto, desde el de la aniquilación total hasta uno de los diferentes sobre la pervivencia, la idea consciente o inconsciente de la muerte moldea y orienta, en una u otra forma, el "proyecto" de la vida, pues le da unidad y lo hace imaginar en su totalidad. Esto le confiere ya un valor positivo en la existencia de cada hombre.

Así como no es posible encontrar una definición que abarque realmente lo que es el hombre y la vida humana, tampoco podemos definir sino parcialmente lo que es la muerte. La descripción de los fenómenos orgánicos que siguen a la cesación de la vida corporal no incluye totalmente lo que es la muerte. En este caso también se escapa la esencia de lo que nos hace "hombres". Pero, a diferencia de lo que decíamos respecto a la vida, en que la *mía* me sirve para comprender la de otros seres vivos, porque es la que yo experimento, la muerte sólo la experimentamos en los otros. Sé de la muerte de otros, pero nunca de la *mía*. Comprendo, como dice Ortega (6), que el hombre que compartía conmigo me ha dejado solo y se ha quedado solo, sin *mí*, pero fuera de esa **soledad** no experimento nada más.

La muerte nos plantea, además, la necesidad de asumir en la propia vida el pensamiento del "**más allá**", el "**horizonte escatológico**". Ante su presencia inevitable, cierta, imprecisa, surge el interrogante que cada quien debe responderse sobre el significado de esa **soledad** radical. "Porque habría de hacerse cuestión de si esta soledad respecto a mi mundo tiene como consecuencia la imposibilidad de que perdure mi vida personal, y, por lo tanto, la "aniquilación" o muerte total *mía*, o bien la alteración de la circunstancia es eso, alteración, es decir, tránsito de **este mundo** a **otro**, definido por la patentización de lo que es constitutivamente latente para el hombre en **esta vida**, condicionada por su inmersión en la corporeidad: el fundamento mismo de la existencia y de mi ser personal, aquello que por hacerme ser no puede darse en mi vida, sino trasciende y por ello es inaccesible" (5). La razón no puede dar respuesta, la fe ofrece una.

José Echeverri, en su obra *Reflexions métaphysiques sur la mort et le problème du sujet*, afirma: "En la muerte no muero; sólo ocurre que el tiempo muere en mí". (10)

1. Coreth, Emerech. *¿Qué es el hombre? Esquema de una antropología filosófica*. Barcelona. Herder. 1976.
2. Gevaert, Joseph. *El problema del hombre. Introducción a la antropología filosófica*. Salamanca. Sígueme. 1976.
3. Lipschutz, Alejandro. *Tres médicos contemporáneos. Pavlov, Freud, Schweitzer*. Buenos Aires. Lozada. 1958.
4. Sevaer, George. *Albert Schweitzer. El hombre y su obra*. Argentina. Cia. General Fabril Editora. 1964.
5. Marías, Julián. *Introducción a la filosofía. Duodécima edición*. Madrid. Revista de Occidente. 1976.
6. Ortega y Gasset, José. *En torno a Galileo. Esquema de las crisis*. Madrid. Espasa-Calpe. 1965.
7. Siebeck, R. *Citado por Lain Entralgo, Pedro. La relación médico-enfermo. Historia y teoría*. Madrid. Revista de Occidente. 1964.
8. Frankl, Viktor E. *Psicoanálisis y existencialismo. Quinta reimpresión*. México. Fondo de Cultura Económica. 1970.
9. Jaspers, Karl. *Iniciación al método filosófico*. Madrid. Espasa-Calpe. 1977.
10. Echeverri, José. *Citado por Ferrater Mora, José. El ser y la muerte*. Barcelona. Planeta. 1979.